

Conocer más de Cristo para vivir en Su realidad

Estoy verdaderamente sorprendido y animado de ver cómo el Señor está fluyendo y nos está llevando a tener un mismo sentir y un mismo pensar, no solamente en los mensajes, sino también en los testimonios de todos los santos. El Señor está revelando Su propósito y Su voluntad de una manera muy clara. Es muy bueno que en la iglesia tengamos todos una misma dirección, el Señor es nuestro único fin, nuestra única meta.

Hemos visto en estos días la vida de Job y de Abraham como ejemplos de cómo experimentaron al Señor, así como tantos otros varones santos como hay en la Palabra, y como nosotros, que estamos hoy aquí porque queremos experimentar al Señor.

Experimentando al Señor en todas las situaciones

Vengo a las conferencias porque el Señor me atrae a seguir experimentándolo, pero el Señor tiene que abrir nuestros ojos para que veamos que no solamente en las conferencias podemos experimentar al Señor, sino en cada una de las situaciones de nuestra vida, cada segundo. Que el Señor nos dé un oído para oírle.

El Señor nos ha impresionado con el hecho de que hemos sido llamados a seguirle. Él nos dice: “Sígueme”. Seguimos al Señor llenos del Espíritu y le vamos experimentando para conocerle. Me ha tocado muchísimo cuando el Señor le dijo a los apóstoles: “Seguidme”. Yo pensaba y meditada en el rostro que tendría el Señor, el brillo que desprendía, el testimonio que daba, y me preguntaba, y aún me pregunto: “¿Por qué sigo yo al Señor? Porque el Señor se me está revelando, de manera que le conozco cada día más y tengo una comunión más íntima con Él. El Señor se revela cada día, y en la experiencia diaria, en mi trabajo, en mi matrimonio, puedo ver cómo Su poder obra en mí y se expresa en mí, pero también cómo me anula, y cómo quiere más de mí. Puedo ver cómo me ama, y por eso, cómo anula y quema todo mi hombre natural, y eso me hace querer más de Él: “Quiero más de Ti, Señor, quiero experimentarte más”. Una y otra vez vuelvo a la comunión con el Señor, y siempre me lleno del Espíritu. A lo largo de

nuestra vida, en tantas situaciones, tenemos la posibilidad de experimentar al Señor. Cuando en la vida diaria experimentamos problemas o pasamos por situaciones, lo que verdaderamente cuenta para el Señor es cuánto confiamos en Él.

Creciendo en el Señor

El Señor me ha tocado mucho en este último tiempo mostrándome que el Señor quiere que yo crezca. Aunque por un lado tengo que decrecer, por otro, el Señor tiene que crecer. El Señor dice en la Palabra que crezcamos en Su conocimiento, en toda sabiduría y en entendimiento. Que conozcamos al Señor en todos los aspectos, en cada experiencia, y crezcamos en conocer la voluntad de nuestro Padre.

También me ha tocado mucho que el Señor quiere que crezcamos como miembros del Cuerpo, para que la iglesia sea edificada. El Señor nos llena a través de cada experiencia y crecemos como miembros del Cuerpo. Todo lo que está vivo, crece. Su iglesia es edificada a través de piedras vivas. La mente del hombre, mi mente, a veces, es muy limitada, y pienso: “un cuerpo solo puede crecer, no se edifica, y la iglesia es edificada, no crece”, pero es maravilloso cómo el Señor une las dos cosas. Cuando tú experimentas al Señor, estás comprando oro al Señor. Vienes a Él con todas tus experiencias y compras oro de Él. Todo lo que te revela el Señor sirve para crecer individualmente, pero eso que tú has crecido es oro que te ha dado el Señor, que sirve para edificar la iglesia, como dice en Efesios 2: *“Edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu”* (vv. 20-22). Es maravilloso cómo el Señor une el crecimiento individual de los miembros del cuerpo con la edificación corporativa de Su iglesia.

Me animó mucho Lucas 2: *“Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres”* (v. 52). Yo creí que nuestro Señor no tenía la necesidad de crecer en sabiduría cuando era niño, no lo comprendía. Si era Dios encarnado, solo tenía necesidad de crecer en el cuerpo, porque era un niño; pero el Señor nos revela que Él tuvo la necesidad de crecer también en sabiduría. Siendo así, cuánto más tengo yo que crecer. Para mí, el Señor es mi único ejemplo. Del mismo modo que el Señor tuvo que aprender obediencia y tuvo que crecer, yo también. El creció en sabiduría. Creció delante del Padre en gracia, y creció en estatura.

Aunque yo no puedo crecer ya más en estatura, tengo la plena confianza de que estoy creciendo en el Señor.

Glorificando al Señor en todas las cosas

El Señor también quiere que crezcamos en Su conocimiento, para que podamos experimentarlo, y al experimentarlo, se haga una realidad en nosotros. Y cuando el Señor se hace una realidad en nosotros, es glorificado. Porque así, ya no he sido yo el que ha obrado en esa situación, sino el Señor, y el nombre de nuestro Señor es glorificado. El propósito del Señor es glorioso y Su iglesia también.

Cada uno de nosotros podemos ser partícipes de Su iglesia gloriosa, depende de lo que le conozcamos, de lo que crezcamos en Él, de lo que le experimentemos y de lo que le manifestemos, porque el glorioso es Él, no nosotros. Cuanto más estemos llenos del Espíritu, más expresaremos la gloria de Dios. Leamos Efesios 4: *“A fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”* (vv. 12-13). ¡Esto es maravilloso! Solo cuando estamos en el Perfecto, Su iglesia es gloriosa. Hay muchas maneras de salir de las situaciones difíciles, pero lo que verdaderamente quiere nuestro Padre es que en estas situaciones Él sea expresado. Por eso, Él quiere que seamos perfeccionados, que lleguemos a ser un varón perfecto, a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios. ¿Cómo vamos a ser uno conociendo al Señor? Porque es en el Espíritu. Todo lo que hagamos tiene que ser en el espíritu, venimos al Espíritu, y somos llenos del Espíritu, a través de la Palabra y de la comunión.

Leamos Romanos 8: *“Y si hijo, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Pues tengo por cierto que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse”* (vv. 17-18). El Señor nos ha hecho hijos suyos, herederos y coherederos juntamente con Cristo, si es que padecemos juntamente con Él. Hemos sido introducidos en los padecimientos de Cristo, no es cualquier padecimiento, sino los padecimientos por Su casa. Es un padecer por Su iglesia. El sufrir por cada uno de nosotros es lo que le llevó a la cruz y fue crucificado, y glorifico al

Padre. Todas las situaciones y aflicciones en este tiempo, no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse. El Señor es un Señor de Gloria, Padre de Gloria, y esa gloria está empezando a manifestarse en cada uno de nosotros. Cada vez que somos vencedores en las situaciones difíciles, Su gloria es manifestada.

En Romanos 8 dice: “*¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada?*” (v. 35) y en el 37: “*Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó*”. Mientras estaba disfrutando estos versículos, me tuve que parar, porque no comprendía qué podía ser más que vencedor. A mí me rompe todos los esquemas. Lo que yo he aprendido es ser un vencedor. En la Palabra, en Apocalipsis, veo que el Espíritu le dice a las iglesias: “Al que venciere, al que venciere...”. No lo entendía hasta que leí el versículo 30: “*Y a los que predestinó, a estos también llamó; y a los que llamó, a estos también justificó; y a los que justificó, a estos también glorificó*”. Hay algo más que ser vencedor, y es ser glorificado, glorificados en el Señor, en la gloria del Padre. El Padre glorificó Su nombre en Jesucristo y quiere glorificarse en cada uno de nosotros también. Si somos una iglesia gloriosa, tenemos que llevar la expresión del Dios de gloria. En muchas situaciones puedo salir adelante, ser vencedor, pero, ¿es el Padre verdaderamente glorificado en eso que he hecho? Tenemos que ser uno completamente con el Padre, que no haya nada de nuestro esfuerzo, sino que provenga del suministro del Espíritu, siendo llenos del Espíritu en cada situación. Por ejemplo, si a mí me acontece una situación difícil, un problema grande, una aflicción o una tribulación, ¿de qué manera reacciono cuando viene esa situación? ¿Cuánto tiempo tardo en contar con el Señor? ¿Pierdo yo mucho tiempo buscando soluciones? Tenemos que ejercitarnos en todas esas experiencias en ir adelante con el Señor. Ya hemos dicho que a lo largo de nuestras vidas hay muchas experiencias, muchas oportunidades para experimentar al Señor, pero si no estamos llenos del Espíritu, no vamos a sacar provecho de las situaciones, vamos a ir adelante con nuestro entendimiento, con nuestro esfuerzo, sin resultado. Por eso es bueno experimentar al Señor en todas las situaciones, aun en las pequeñas. Para experimentar al Señor en todas las situaciones grandes o pequeñas, da igual, tenemos que estar llenos del Espíritu. Esto es un punto principal. Si en las situaciones pequeñas experimentamos al Señor, cuando vengan las grandes, duras y difíciles, vendremos, sin pensar, al Señor, orando, meditando y humillándonos delante de Él, porque hemos sido entrenados, hemos sido ejercitados. La fe es un ejercicio. Volverte al Señor es un ejercicio, es una práctica, de forma

que cuando viene la situación, tú ya sabes cómo tienes que reaccionar. Pero si no estás entrenado, ¿cómo vas a reaccionar? Lo primero que haces es “resoplar”, lo segundo, pierdes la paz, lo tercero, te enojas, y según la situación, también puedes llorar. Haces cualquier cosa menos volverte al Señor. Las consecuencias son muy claras: frustración, ansiedad, estrés, nerviosismo, y al final, desaprovechas esa oportunidad de experimentar al Señor; mientras que de la otra manera, si has experimentado al Señor, el nombre de Cristo es glorificado, porque Él ha sido expresado en esa situación.

Veamos un ejemplo en Juan 12, en los versículos 27 y 28 dice: *“Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Entonces vino una voz del cielo: Lo he glorificado y lo glorificaré otra vez”*. No tiene sentido que yo venga a esta conferencia, o que vaya a visitar a los hermanos en Alemania, Italia, Suiza, Francia, o donde sea, si no es por esto. La esencia es: *“Mas para esto he llegado a esta hora”*. En el momento en que vienen esas situaciones, el Señor tiene que ser glorificado. Para eso me ha llamado el Señor, para expresar Su gloria. No hemos venido a pasar un tiempo juntos, hacer algunas cosas, y después de esto, ni hemos visto, ni hemos crecido nada. El Señor tenía claro lo que estaba haciendo. Estaba lleno de la comunión con el Padre. Aquí, la comunión viene después la revelación y después viene el testimonio. El testimonio de nuestro Señor fue claro, Su alma estaba turbada, porque tenía una carne, una vida propia, pero tenía claro que para eso había llegado esa hora, para que fuera glorificado el Padre. El Señor tiene que darnos claridad en ese asunto para que glorifiquemos al Padre en todas las situaciones. Nuestro hombre natural quiere interrumpir siempre esa relación con el Señor, para que no se exprese la gloria de Dios.

Menguar para que el Señor crezca

En Juan 3:30 nos dice que es necesario que Él crezca, pero que yo mengue. Él tiene que crecer en nosotros. En Filipenses 3:8 también nos dice: *“Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura para ganar a Cristo”*. Todo lo tengo por basura en mi vida por la excelencia del conocimiento de Cristo. Mi meta es ganar a Cristo en cada situación.

En la Palabra, el Señor dice que Él quiere formarse en nosotros. Para que Cristo sea formado en cada uno de vosotros, Él tiene que crecer desde dentro de cada uno de nosotros y tener Su expresión en nosotros. El viejo hombre, el hombre natural, está muy viciado. Veamos dos versículos en Mateo 9:16 y 17: *“Nadie pone remiendo de paño nuevo en vestido viejo; porque tal remiendo tira del vestido, y se hace peor la rotura. Ni echan vino nuevo en odres viejos; de otra manera los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden; pero echan el vino nuevo en odres nuevos, y lo uno y lo otro se conservan juntamente”*. Me han animado mucho estos versículos, porque esta imagen te abre los ojos. Si a una tela vieja le pones un paño nuevo, se rompe; y el vino nuevo pudre el odre viejo. Si nosotros hemos recibido al Señor, es una nueva vida. Nuestro viejo hombre, nuestro hombre natural, tiene que ser totalmente anulado, no son compatibles. Pero el vino nuevo se conserva en el odre nuevo. Solo si estamos en Cristo, una nueva criatura, una realidad, podemos permanecer juntamente con Cristo.

Hay otro versículo que también me ha tocado mucho en este último tiempo, es maravilloso, Juan 14: *“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí”* (v. 6).

Como sabemos, el hombre tiene un tiempo limitado. Tenemos que ver la vida de un hombre como una línea. El hombre natural comienza con el nacimiento y termina con la muerte, pero esa vida es una línea completamente lisa, no tiene experiencias, porque toda la vida la vive en el pecado y en la muerte. Nosotros también éramos hombres naturales, pero, ahora, tenemos un nuevo nacimiento, y por tanto otra línea, en la que al final no hay muerte sino el reino, la venida del Señor, y los vencedores. Pero, podemos poner una interrogación al final de la línea. ¿Por qué no todos reinaremos? Aunque no sabemos quiénes serán esos vencedores, todos aquí queremos reinar juntamente con Cristo, y proseguimos la carrera, seguimos luchando, queremos crecer en Cristo y expresar Su gloria. Solamente así podemos reinar juntamente con Cristo. Pero, Él tiene que reinar ahora en vida en cada uno de nosotros.

Por la parte de abajo podemos poner otra línea con otra vida que no tiene ni principio ni final; esa es la línea de Dios, es también una vida, pero una vida que no tiene principio, ni fin, una vida que de principio a fin, está en Él. Cristo no tiene límite, Cristo es eterno. Nuestra vida tiene que estar dentro de la vida de Cristo. Esto tiene su comienzo cuando ocurre el mayor acontecimiento que puede sucedernos: *“Porque somos sepultados juntamente con él por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria de Padre, así también nosotros andemos en vida*

nueva”. (Romanos 6:4). Aunque ya nacimos una vez, ahora nos es necesario nacer de nuevo, nacemos de nuevo en el espíritu y morimos a la vieja vida. Yo quiero llegar a la realidad de experimentar a Cristo en ese ser sepultado juntamente con Él.

En el Salmo 103:14 nos dice: *“Porque él conoce nuestra condición; se acuerda de que somos polvo”*. Él se acuerda de que somos polvo. Eso me hace recordar todas las experiencias que tenemos en el Señor. ¿Son malas todas las experiencias de nuestra vida? ¿Tiene que haber tristezas o aflicciones para poder experimentar al Señor? No, también nos acontecen cosas buenas, también crecemos en muchas situaciones, en nuestro trabajo, en la familia, económicamente, en muchas cosas, pero aun ahí también tenemos que ganar al Señor, que expresarle, reconociéndole en todos nuestros caminos. Ahí también tengo que glorificar al Señor. El viejo hombre se cree que tiene la capacidad de dar gloria: “¡Oh, eso lo has hecho muy bien!”. En el trabajo, en los estudios, el hombre se cree que es capaz de dar gloria a otros, porque piensa que también debe recibir gloria. Pero la gloria del hombre es vana. Nosotros queremos experimentar y expresar la gloria verdadera. A través de cada experiencia tenemos que llegar al punto final, porque, no sé si dormiremos o seremos transformados cuando el Señor venga, pero lo que no queremos, como dice en 1 Juan es que en el día del Señor seamos avergonzados, sino que verdaderamente se alegre de vernos y sea glorificado, porque estamos anhelando Su venida. Pero si no hemos vivido en Cristo, cuando Él venga, nosotros mismos nos avergonzaremos, como dice la parábola de las vírgenes. Ellas fueron y prepararon el aceite, arreglaron sus lámparas, y estaban atentas, porque sabían que venía el Señor. El Señor nos está avisando que Su venida está cercana, y como dice, Él es nuestro atalaya, Él nos avisa. Estemos atentos. Por eso tenemos que venir y comprar oro del Señor cada día. Al final, lo que queda es la expresión de la vida del Señor en cada uno de nosotros.

Antes de venir, en mi último día de trabajo, había un hombre y una mujer mayor que iban al hospital. Ella estaba diciendo que a su marido le habían hecho unos análisis y salía que estaba muerto, pero él estaba muy vivo. Ella discutía con los médicos porque su marido estaba vivo y en los análisis salía que estaba muerto, y por eso no lo dejaban salir del hospital. Al parecer había tenido una embolia que le había afectado a la pierna y le había provocado una herida interior, de tal manera que en el tejido muerto, podrido, le habían salido unos “gusanos”, semejantes a los que salen cuando las personas mueren, y se le había extendido de tal manera que tuvieron que limpiar y amputar para que no se le extendiera. Al final le

pusieron una prótesis, según ella, de las más grandes que se han puesto en España. Yo estuve meditando sobre lo que habían dicho, y pensé: ¿Y si el Señor me hiciera un análisis? Estuve temeroso. Quizás me creo un hermano muy vivo, siempre visitando a los hermanos, expresando la vida, pero dentro estoy muerto. Entonces dije: “Señor, cuando Tú me hagas el análisis, no quiero estar muerto, quiero estar completamente vivo en Ti”.

El camino, la verdad y la vida

Por eso me ha tocado tanto el versículo en Juan 14:6, que el Señor es el Camino, el camino que andamos cada día con Él; la Verdad, todo lo que experimentamos del Señor cada día, y lo hacemos real. Aunque tenga mucha comunión con el Señor y lea mucho la Palabra, si no lo llevo a la realidad en mis experiencias, no es efectivo. Y el Señor también tiene que ser la Vida, la vida en mí, que glorifica al Padre, esa gloria del Padre en Cristo expresada en cada uno de nosotros. Estas tres cosas son una: somos llenos del Espíritu para poder andar con el Señor en ese camino y que el Padre sea glorificado en cada uno de nosotros, y glorifiquemos el nombre del Padre en cada situación, como dice el versículo que hemos leído: “Para eso ha llegado esta hora; para que su nombre sea glorificado”.

Los Rubios, Málaga, Dic. 2016 MSJ